

10

DOI: <https://doi.org/10.14483/2422278X.19755>



UNIVERSIDAD DISTRITAL
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS



ISSN impreso: 2011-5253
ISSN en línea: 2422-278X



IPAZUD
Instituto para la Pedagogía,
la Paz y el Conflicto Urbano.
Universidad Distrital
Francisco José de Caldas

RESEÑA

Reseña de Allier Montaña Eugenia: 68. *El movimiento que triunfó en el futuro. Historias, memorias y presentes*

Hernán Confino¹ 
Colombia

Para citar: Confino, H. (2023). Reseña de Allier Montaña Eugenia: 68. *El movimiento que triunfó en el futuro. Historias, memorias y presentes* Ciudad Paz-ando, 16 (1), 162-167. doi: <https://doi.org/10.14483/2422278X.19755>



Allier, H. (2021). 68. *El movimiento que triunfó en el futuro. Historias, memorias y presentes*. Bonilla Artigas Editores

¹ Doctor en Historia, Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín (EIDAES/UNSAM) y docente de Historia General en la misma casa de estudios. Becario Posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Correo: hconfino@gmail.com ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0852-8224>

En distintos países de América Latina la historia del siglo actual se ha consolidado a partir de la reconstrucción de la tramitación que las sociedades han hecho sobre sus pasados traumáticos, signados por la violencia estatal y la represión social a lo largo de los últimos 50 años. En el Cono Sur, primero, pero también en Colombia y en México, por ejemplo, la disciplina histórica, y con ella los estudios de memoria, han interrogado las condiciones en las que esas violencias tuvieron lugar intentado explicarlas. Esto ha incluido las iniciativas que las víctimas directas de esas violencias han llevado a cabo para mantener vigentes sus luchas a través del tiempo y lograr una visibilización, cuando no el juzgamiento de los responsables. En un contexto signado por el “boom de la memoria” señalado por Andreas Huyssen, el espacio público asistió a las narraciones y las intervenciones de sujetos y grupos sociales que establecieron recuerdos comunes sobre ese pasado y delimitaron, no sin transformaciones y conflictos, las dimensiones de aquello que debía ser recuperado y actualizado en el presente.

Esas violencias, por lo general, se vincularon con la represión contrainsurgente que, detrás de la estela de la Doctrina de Seguridad Nacional promovida por los Estados Unidos en el marco de la Guerra Fría, tuvo a la juventud organizada políticamente como principal destinataria. Ya fuera a través de las dictaduras que cual cascada fueron poblando el sur del continente americano, ya sea a través de la represión estatal patrocinada por gobiernos sólo en apariencia democráticos, lo cierto es que la historia del continente fue pariendo, detrás del combate al avance del comunismo, damnificados varios: desaparecidos, asesinados, secuestrados y exiliados.

El último libro de la historiadora Eugenia Allier (IIS-UNAM), *68. El movimiento que triunfó en el futuro. Historias, memorias y presentes*, se ocupa de este capítulo en la historia de México. Allier localiza su indagación a partir de la conocida aunque nunca esclarecida por completo Masacre de Tlatelolco, en la que el gobierno priísta de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) reprimió al movimiento estudiantil que se había reunido en señal de protesta en la Plaza de las Tres Culturas, en la Ciudad de México el 2 de octubre de 1968.

Sin embargo, la obra de Allier no es una reconstrucción histórica de la jornada de octubre. Es en cambio una pormenorizada historización de sus resignificaciones posteriores, comprendidas entre el mismo año de su ocurrencia y su aniversario número cincuenta, en 2018. Una crónica densa que muestra el carácter inacabado, abierto y contencioso que aún hoy recubre el 68 en México y sus reelaboraciones. Es una historia de la memoria –de las memorias– sobre el movimiento estudiantil mexicano, en su apropiación por parte de un amplio abanico de actores públicos: organizaciones de víctimas, políticos y partidos, ex participantes del

movimiento estudiantil, nuevas generaciones de jóvenes, intelectuales, entre otros. Allier construye un relato notable, exhaustivo y preciso, que despliega en sus más de 600 páginas una característica común a su objeto: es una historia coral, una donde caben muchas otras, urdida por numerosas voces, en variados soportes, a lo largo del tiempo. La autora, especialista en el estudio de los usos públicos de la historia, tal como lo prueba su libro previo dedicado a interrogar la recuperación del pasado contrainsurgente en Uruguay², muestra con gran sensibilidad las reapropiaciones que el 68 mereció a lo largo del tiempo y reconstruye así la historia del último medio siglo mexicano.

El objetivo central del libro es dar cuenta de las diferentes claves memoriales desde las cuales se pensó la jornada del 2 de octubre de 1968, como también el movimiento estudiantil que la protagonizó a lo largo de las diversas coyunturas que horadaron la política mexicana desde fines de los sesentas hasta la actualidad. Como un prisma hace con la luz, la mirada de Allier sobre las memorias del 68 refracta otros procesos históricos y políticos –las reformas políticas democráticas, la llamada Guerra Sucia, la modernización de la prensa, las crisis económicas y sociales, los movimientos estudiantiles posteriores, el fraude electoral, el terremoto y sus secuelas, los desaparecidos de Ayotzinapa– y construye una mirada sobre México que pone en primer lugar la vigencia de los debates sobre una violencia de Estado que, con sus modulaciones, sigue siendo un tema del presente. La historiadora recorre tres tipos de memorias principales: la de la *conjura*, la de la *denuncia de la represión* y la del *elogio*. Estas estructuran las diferentes recuperaciones del 68 y sus legados.

Lo hace a través de seis capítulos sumados a una introducción y una conclusión; acápite que configuran los diversos nudos memoriales, “las vidas posteriores del 68” (p. 26), que intervienen en la historia mexicana. Así, trabaja sobre los distintos pasados que fueron modelados por las diversas urgencias presentes y que pusieron en acto, en buena medida, los cambiantes límites de lo decible y lo audible en cada coyuntura. Para ello, Allier recurre con gran sensibilidad a un amplísimo acervo de fuentes en diversos formatos, que incluyen debates en las cámaras legislativas, material de prensa nacional e internacional, intervenciones de las víctimas directas y sus familias, testimonios éditos y entrevistas, registros fotográficos y audiovisuales, e interroga numerosas iniciativas de memoria: movilizaciones conmemorativas, creación de museos, de placas recordatorias, conformación de Comisiones de la Verdad, entre otras.

² Allier Montaño, Eugenia, *Batallas por la memoria. Los usos políticos del pasado reciente en Uruguay, México, TRILCE-UNAM (IIS)*, 2010, 287 p.

En la introducción, titulada “De delincuentes juveniles a luchadores por la democracia”, Allier sitúa cuál será el objeto de investigación que construye y aborda el libro y que se fundamenta en las distintas miradas que los diversos presentes mexicanos forjaron sobre el movimiento del 68. También incluye las diferentes variantes de justicia transicional que el colectivo de denuncia llevó a cabo a lo largo de los años para que los hechos del 2 de octubre no quedaran impunes. Luego de ubicar el 68 mexicano dentro del movimiento contracultural más amplio que el fin de esa década alumbró en diversas partes del mundo, la autora sitúa el interés de su aporte: el de construir una historia de las memorias del 68 que trascienda la impronta testimonial con que originariamente se nutrió este campo de estudios. Más allá de que en el presente sea copiosa y abundante la bibliografía sobre el 68 y sus adyacencias, “ninguno de esos trabajos hace un recuento de la historia de las memorias públicas del 68, de sus transformaciones y permanencias” (p. 40). Hacia allí va Allier con dos argumentos centrales. El primero actualiza uno de los tópicos básicos de los estudios sobre memoria: “El quién y el cuándo determinan en buena medida las representaciones del recuerdo” (p. 41). El segundo inscribe la especificidad del caso interrogado: “—a diferencia de otras partes del mundo—, en México las memorias del 68 son sobre todo políticas” (p. 41).

El primer capítulo, “El verano del 68”, sitúa la masacre en el contexto de su ocurrencia, signado por la organización de los Juegos Olímpicos que tendrían lugar en la Ciudad de México. Un hilo visible, estima la autora, une ambas cuestiones: la represión de la movilización estudiantil y la realización del evento de relevancia mundial que posaría en México las miradas de la comunidad internacional. Distingue luego las cuatro miradas contemporáneas que se tejieron sobre la represión a los estudiantes: la primera, de los propios estudiantes y sectores afines que representaban el movimiento como una lucha contra la represión gubernamental. La segunda, propia del gobierno del Partido Revolucionario Institucional (PRI), que vinculaba la acción estudiantil con una “conjura”, que fundamentaba en las “fuerzas oscuras del comunismo internacional” (p. 75) la movilización de los jóvenes. Una tercera versión, propia de Vicente Lombardo Toledano, líder del Partido Popular Socialista (PPS), que hacía hincapié en la instigación de la *Central Intelligence Agency* (CIA) estadounidense en un intento por coartar la democracia mexicana. Finalmente, la versión sostenida por el Partido de Acción Nacional (PAN), que rechazaba la represión gubernamental aunque no empatizaba totalmente con el movimiento estudiantil. La conclusión del capítulo se encuentra en sintonía con la del libro mismo: la derrota militar del movimiento estudiantil no

impidió su triunfo simbólico, triunfo cuyas condiciones Allier desanda en los cinco capítulos restantes.

“Entre la ‘conjura’ del movimiento y la represión del gobierno, 1969-1977” es el título del segundo capítulo del libro. Allí la autora reconstruye la visión del gobierno sobre los sucesos, *la memoria de la conjura*, y el inicio de la *memoria de la denuncia de la represión*, sostenida por sectores de la oposición en su crítica a la violencia estatal del gobierno de Díaz Ordaz. Da cuenta de las memorias contenciosas que se desplegaron en el espacio público para dotar de sentido los acontecimientos del 2 de octubre. Los estudiantes eran representados como delincuentes juveniles que habrían iniciado la violencia a la que el gobierno había respondido. La memoria de la represión, sostenida desde sus inicios por los participantes del movimiento, encuentra en esos años sus primeros esbozos. Estas representaciones contradictorias se hilvanaron entre el gobierno de Díaz Ordaz y de su sucesor, Luis Echeverría Álvarez (1970-1976), quien se encargaría de liberar en 1971 a quienes estaban presos desde los sucesos de 1968. Alternaría, por eso, la “díada liberalización-represión” (p. 176) en sus intentos de separarse de su antecesor en un clima de apertura política pero de cruenta represión a la disidencia política en el marco de la llamada Guerra Sucia.

El tercer capítulo, “Entre la ‘denuncia’ de la represión y el ‘elogio’ del movimiento estudiantil, 1978-1984”, aborda las representaciones sobre el 68 en el marco de la ampliación del sistema político mexicano durante el gobierno de José López Portillo (1976-1982). En esos años, algunos opositores de izquierda —incluso ex miembros del movimiento estudiantil— se integraron al poder legislativo, construyendo de esta manera una nueva memoria pública sobre el movimiento estudiantil que había sido reprimido en Tlatelolco. El elogio del movimiento, en el decir de Allier, vinculó la acción estudiantil del 68 con los combates por la democracia política en México. El movimiento de estudiantes habría buscado abrir los canales hacia la democratización del país y esto habría significado un hito en la lucha democrática de México. Lucha que por cierto era la bandera de la época.

Al tiempo que se apagaba la mirada propia de la Guerra Fría que había parido la memoria de la conjura, la del elogio del movimiento estudiantil se iniciaba y comenzaba a convivir en la esfera pública con la que denunciaba la represión estatal. En esta etapa se organizaron los primeros grupos de afectados directos que, detrás del combate al autoritarismo y la lucha por los derechos humanos, se configurarían en verdaderos “motores de la memoria” (p. 219) que buscarían que las vejaciones del 68 no fueran olvidadas. Esta era una tarea titánica, aclara Allier, puesto que la peculiaridad de que en México la represión ilegal hubiera tenido lugar

en un gobierno aparentemente democrático, y no a través de dictaduras como en el Cono Sur, generó una dificultad adicional en la exigencia de verdad y justicia.

“Intensificación del ‘elogio’, 1985-1992” es el cuarto acápite de la obra. Tal como su título lo indica allí Allier describe cómo, en el marco de una gran crisis económica y de una demanda cada vez más amplia por una verdadera reforma democrática, se acrecentó la mirada sobre los estudiantes del 68 como luchadores por la democracia. En este proceso intervinieron distintas dinámicas y acontecimientos, que implicaron una ampliación de la escena pública. La modernización periodística, detrás de la conformación de medios como *Unomásuno*, *Proceso* o *La Jornada*, posibilitó una discusión más amplia sobre el 68 y sus sentidos, al tiempo que brindó un renovado margen de independencia en la tarea periodística, antes cercenada por las directivas de los gobiernos de turno.

En paralelo, las transformaciones al interior de la izquierda mexicana, en línea con las producidas en numerosas otras del mundo, que pasaron del lenguaje de la revolución al de los Derechos Humanos impactó en la intensificación de la memoria del elogio. Las miradas que representaban a los estudiantes como revolucionarios perdieron peso ante aquellas otras que, detrás de epítetos como “luchadores sociales”, los ubicaron como eslabones de una cadena que culminaba con las exigencias de reformas democráticas de la hora. A estas dinámicas más generales se sumaron los llamados *momentos detonantes de la memoria* (p. 295), que actualizaron en el presente la recuperación de aquel pasado: en primer lugar el terremoto de 1985, interpretado como el despertar de la sociedad civil mexicana. En segundo punto, las huelgas estudiantiles en la UNAM en 1986 y 1987. Finalmente, la vigésima conmemoración de la masacre y las elecciones de 1988.

El anteúltimo capítulo, “Justicia para los caídos, 1993-1999”, tiene su eje puesto en la renovada demanda de verdad y justicia llevada adelante por diversos actores sociales y políticos del México de entonces. Durante la década de 1990, plantea la autora, mientras se consumaban las políticas de impunidad en el sur del continente, en México surgían dos iniciativas tendientes a conocer la verdad sobre los hechos acaecidos el 2 de octubre: la *Comisión de la Verdad* y la *Comisión Especial Investigadora de los Sucesos del 68*. El marco en el que estas iniciativas se alzaron tuvo como protagonista al levantamiento zapatista por un lado, y a la crisis económica del gobierno de Ernesto Cerdillo (1994-2000) por el otro. Allier reconstruye minuciosamente el trabajo de las comisiones y las dificultades que estas tuvieron para lograr llegar al esclarecimiento de lo sucedido en Tlatelolco. Estos obstáculos se relacionaron, sobre todo, con la falta de acceso a la documentación y con la negativa gubernamental para abrir los archivos. De

todos modos, fue propio de esta década trascender la lucha por el esclarecimiento del pasado y orientar los esfuerzos para conseguir justicia por las víctimas y castigo a los responsables.

“El consenso: el ‘parteaguas’ de la historia nacional reciente, 2000-2018” es el último capítulo del libro. Inicia con el triunfo y asunción presidencial de Vicente Fox, en representación del PAN, que interrumpió más de siete décadas de gobiernos del PRI. En ese marco, y también como modo de visibilizar la ruptura con el pasado, Fox cambió el modo en que el Estado mexicano se relacionó con su pasado de violencia. En un contexto en el que se representaba a sí mismo como el presidente de la transición democrática, asumió prontamente la lectura del movimiento juvenil del 68 como inicio de la lucha por la democracia en el país. En consecuencia, plantea Allier que durante su administración las memorias del elogio y de la denuncia se unieron: la represión del gobierno de Díaz Ordaz habría cercenado la lucha democrática de los estudiantes. De esa manera, no sin debates de por medio, conformó por decreto la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (FEMOSPP) que, si bien tenía como misión fundamental estudiar los casos de desapariciones forzadas en el marco de la época contrainsurgente, mediante una presentación legal de las víctimas del 68 incorporó al movimiento estudiantil a su pesquisa.

Allier reconstruye exhaustivamente la tarea de la FEMOSPP dando cuenta de sus especificidades: labró dos juicios por los hechos represivos de junio de 1971 y de octubre de 1968, ubicando con ello la culpabilidad no en instituciones sino en personas. El principal apuntado fue Luis Echeverría, expresidente y secretario de Estado de la administración de Díaz Ordaz. El concepto elegido para formular la acusación, describe la autora, fue el genocidio y su uso no estuvo exento de polémicas. Sin embargo, las limitaciones de la fiscalía fueron notables y pocos años después de ser acusado Echeverría quedó libre de su responsabilidad: “Se llegaba así a una justicia sin justicia: el delito se cometió, pero no hay culpable” (p. 423). Fue la falta de voluntad gubernamental, plantea Allier, la que puede explicar la (no) resolución penal del caso. Más allá de los límites en la impartición de justicia, estos años fueron testigo de una *oficialización de las memorias públicas* respecto del 68 en sus claves de denuncia y elogio. Esa oficialización tuvo su correlato en distintas iniciativas institucionales: por ejemplo el Memorial del 68. Durante estos años, además, nuevos detonantes de la memoria, como la desaparición de los 43 normalistas en Ayotzinapa, enseñaron la vigencia de las memorias del 68 al ser puestas en línea con la violencia estatal del presente.

El siglo XXI, demuestra Allier, asistió a un consenso en torno al movimiento estudiantil como “parteaguas” de la lucha por la democracia en México. Esta cuestión,

desarrollada en las conclusiones generales del libro, comportó una transformación notable en la presencia de las memorias sobre el 68. Para el cincuentenario de la masacre, en 2018, estas (memorias) habían alcanzado prácticamente a toda la esfera pública mexicana. Allier reconstruye con maestría y sensibilidad historiadora cómo fue ese proceso sinuoso de las memorias sobre el movimiento estudiantil; cómo distintos actores hicieron propias las miradas sobre un pasado que se actualizaba y se modelaba a través de los distintos presentes. Con una mayor presencia de la memoria de la denuncia, afincada en los sucesos del 2 de octubre, Allier interpreta las miradas sobre el 68 desde los aportes de Tzvetan Todorov: una memoria ejemplar que construye nación. Una memoria ejemplar que no se queda dentro

del acontecimiento y se derrama sobre los principales aspectos de la vida pública y política de México. Una memoria ejemplar que en esta obra resulta un mirador privilegiado para estudiar el último medio siglo de la historia mexicana. Un libro imprescindible para quienes se interesan por los modos en que las sociedades procesan sus pasados traumáticos. Un libro fundamental, por fin, para quienes confían en la historia de las memorias como aliada de la verdad, la justicia y los derechos humanos.

Referencias

Allier, H. (2021). 68. El movimiento que triunfó en el futuro. Historias, memorias y presentes. Bonilla Artigas Editores

